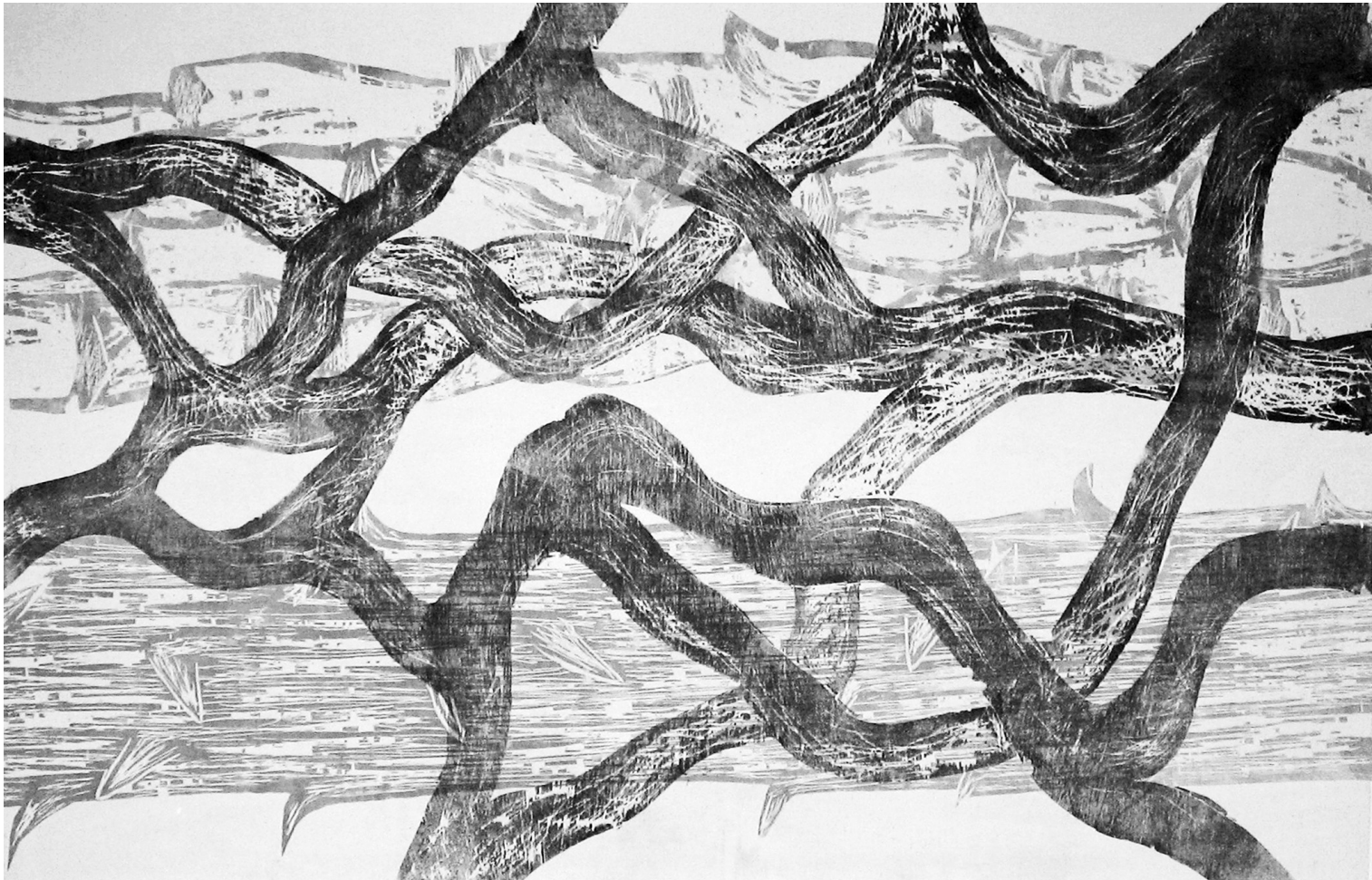


Literaral

5º aniversario

GACETA DE LITERATURA Y GRÁFICA ♦ NÚMERO 30 ♦ DISTRIBUCIÓN GRATUITA



D.R. © Erik Bächtold / Galería Errante / México

ERNESTO LUMBRERAS

67

(desiteratum del rey de bastos)

*

Alguno vez estuve de ánimo para construir,
con la ayuda de tres mil seiscientas
hormigas (*insomnes, cárdenas, misioneras*),
un laberinto de niebla azul para guardar,
en su interior vespéral y escarchado, a
la madre de todos los hijos de puta.

*

En otro momento, aturdido por las faenas
de una villa de herreros, me sedujo la
posesión de una llave virginal, nocturna
y fidelísima, para cerrar todas las
posibilidades de morir durante el sueño.

*

Debí añorar, en cierta noche prostibularia,
una cuerda de violín asfixiando
mis claudicaciones más elocuentes.
Pensaba, tal vez, en que la vida carnal
me daría un lingote de oro de buena
ley para extrañar a la muerte con la
inspiración de un artista mediocre. ♦

ELSA CROSS

Río de seda

Las gotas de rocío resbalan por el cristal.
Más allá de la bruma

lo que no sabemos,
como tampoco más allá de esa noche
en que elegimos

este sendero que se bifurca
y me ha traído
hasta la orilla del Río de Seda.

Mínimos brillos,
mientras cruza una urraca hacia el abeto
y sus plumas desaliñadas parecen otra rama.

La corriente se insinúa en el encaje de la espuma.
Fluye limpiamente

como el tiempo en que fuimos.

No lloro.
Lo hacen las gotas en el cristal,
que dejan al caer
un rastro de puntos suspensivos.

De la orilla petrificada que mira al río pasar
la conciencia se desplaza a la corriente

y fluye,
sopesable

como un cuerpo en el sueño,
y desprendiéndose de sus propias riberas
sin mirar atrás,

se interna en la bruma. ♦

Editorial

ANDRÉS MARQUEZ MARDONES

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30. Literal 30. Cinco años de trabajo y más de 60,000 ejemplares distribuidos gratuitamente. Colaboradores de toda índole: poetas, ensayistas, novelistas, grabadores, pintores, fotógrafos, *comic*, premios *Xavier Villaurrutia*, *Aguascalientes*, *San Luis Potosí*, *Punto de Partida*, *Carlos Pellicer*, *Vicente Huidobro*, *José Emilio Pacheco*, *Elías Nandino*, nominados al *Ariel*, que conviven a letra suelta con autores que nadie había leído y que ahora son escritores con plumas de potencial telúrico.

Era un proyectito, una hoja volante que cobró vida como un mítico Golem armado de retazos, que fue haciéndose cada vez más gaceta, cada vez más con cuerpo, cada vez más literatura, hasta caminar casi solita en la galería de las revistas independientes. Y aquí la independencia toma tintes alegóricos, hablar de la distribución gratuita es hablar de utopías insertas en la vorágine de una sociedad del precio y el producto. Y así es, un espacio alternativo para publicar literatura y gráfica que se defiendan por su propia calidad artística, sin otro afán que el de llegar a los más posibles lectores.

En este número festejamos los primeros 5 años y los primeros 30 números de Literal, además presentamos una nueva época en la que pretendemos darle un giro y ampliar nuestros espacios de contenido.

Primero ponemos a la vista de los lectores autotes de distintas latitudes, con colaboraciones latinoamericanas que muestra la poesía que se hace en otros países hermanos, colaboradores de Guatemala, Perú, Chile, El Salvador, Brasil nos mostrarán lo que allá se hace.

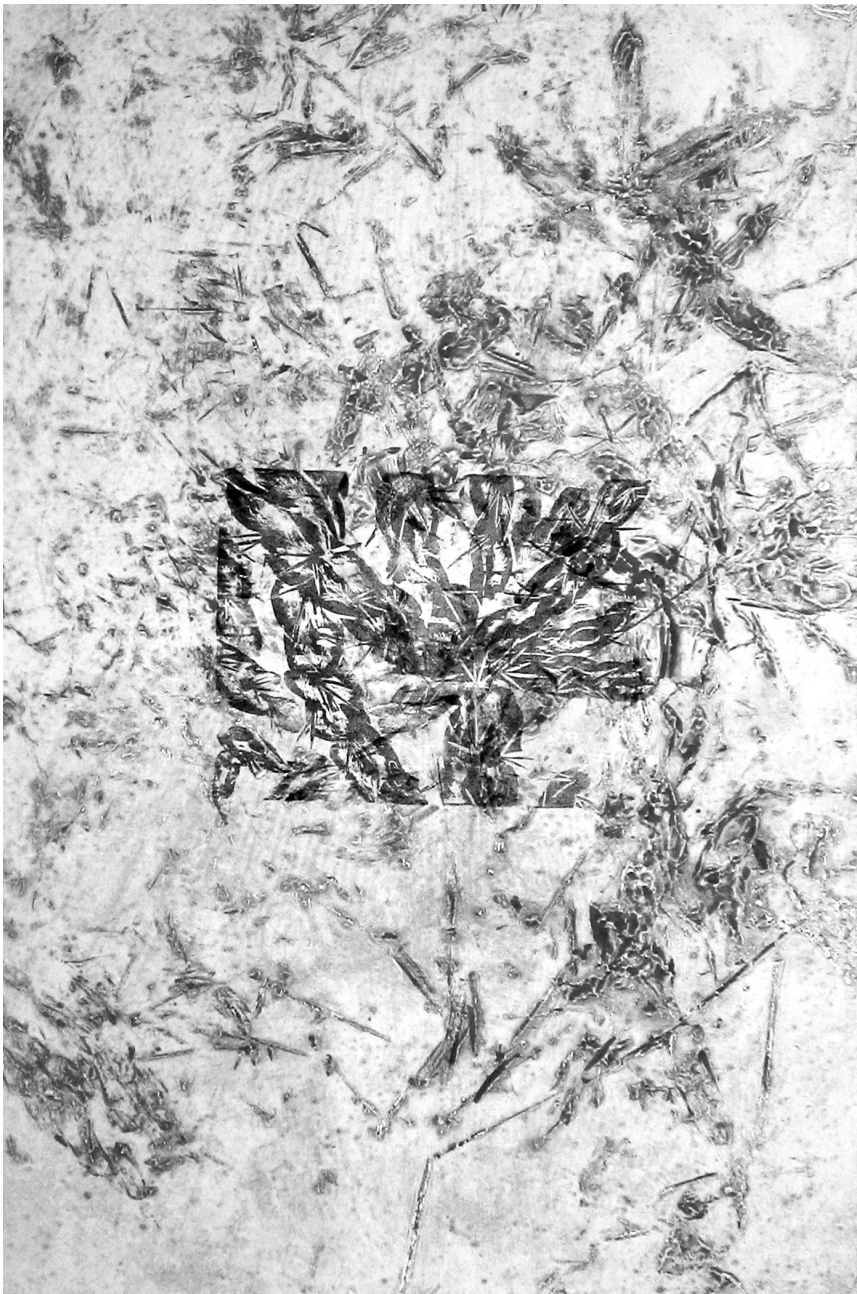
Se inaugura una sección de crítica y ensayo, en la que se publicarán por lo menos dos textos por número donde podremos leer crítica literaria y plástica, así como ensayos de diversos tipos y temáticas.

Se abrirá en la parte del portafolios de gráfica a registro de instalaciones y otras posibilidades de las artes plásticas. Todo con la única intención continuada de publicar autores que, independientemente de su prestigio, tienen calidad y propuesta artística.

Así damos un paso más en este recorrido de difusión cultural, la apuesta es esa, difundir y llegar a los ojos de los que buscan un remanso en el *vortex*; difundir y prestar tarima a los que aprestan sus plumas, o pinceles para vencer la tentación de la palabra.

Largo aliento nos queda para seguir y era precisa la evolución para conformar un diálogo más profundo con quienes, como Buñuel decía, se atrevieron a mirar por el ojo de la cerradura, en nuestro caso, por el ojo de la letra impresa.

Resta agradecer a los que se tomaron un tiempo para abrir nuestras páginas y mirar dentro de las entrelíneas, a aquellos que generosamente nos prestaron sus palabras y su obra, a aquellos que han compartido, aunque sea un poco, de la fe que nos sobra. ♦



Erik Bächtold (Ciudad de México, 1966) Estudio Artes Visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas y en la Academia de Artes de Dusseldorf, Alemania, con el profesor Daniel Buren. En el 2000 fue becario del programa Jóvenes Creadores del FONCA en el área de Escultura. Recientemente recibió el apoyo del CONACULTA para realizar el proyecto “Le calendrier des migrations” en la frontera entre Luxemburgo y Bélgica. Su obra ha sido exhibida en diversos países como Japón, Alemania, Bélgica y México.

BALAM RODRIGO

.

Latiente, no sé cuantas veces roca, mineral y polvo, si de un siglo a otro nos quedamos palpitando, soñando, porque los perros ladran a las sombras y la hora nos dicta su dolor, su quejido anciano, su aullido de laúdes: Lluve en la tu boca lenguas dentro: Mojar mi alma y quedarte muda en mí tu filo, tu mineral, tu roca, tu polvo ♦

HUGO PLASCENCIA

El trapecista

Cada cuerpo es un circo,
separación del lastre eterno,
cuerda bifurcada como cordón umbilical
que al = el recién nacido
sucumbe el trapecista,
y
a
r
o
t
o
nace el más perfecto de los sonidos...
el silencio. ♦

RODRIGO CASTILLO

Dos poemas

*

Un ojo es vasto acontecer de sucesiones,
lo que dice de sí no es dicho inapelable,
es decir y no más,

como una zanja que va cerrándose si se camina de espaldas a ella

un ojo percibe la porosidad y se retracta apenas siente
su ascenso a las cosas no hechas.

Como un poema: prueba en falso y fracaso del mundo. ◇

*

Une el tiempo, inciden
las cosas:
suyo el desborde,
son los bordes mismos
abisal,
como tales zonas hacinan
piedras,

las cosas
son lapso, una puerta
abriéndose, una ventana,
una casa.

Imprecisas
todo toca
nada hacia su centro.
Sergio Loo ◇

SERGIO LOO

Sus Brazos labios en mi boca rodando

(fragmento)

Y yo te decía que había sido ya demasiado
para mí pero tú pero tú seguías
*bebiéndote la vida espantosa al manar de
tu entrepierna un flujo de gusanos blancos
mientras te rendías a mis brazos como
si yo no estuviera contigo adentro* ◇



D.R. © Erik Bächtold / Galería Errante / México

MIGUEL ÁNGEL FUENTES GALLEGOS
(Cusco, Perú, 1974)

Double Fantasy Sueño
number 666, ISO-2000

Imagina un mundo frambuesa
Un mundo sin gobernantes
sin rotarios sin diplomáticos sin masones
Un mundo pétalo
sin funcionarios públicos
sin Obispos sin generales sin antropólogos
sin parientes seguidores tartamudos de Neruda
sin comentaristas de fútbol
Imagina un mundo sin colegios
sin currículo vitae sin leyes de tránsito
Imagina el silencio
sin bosques sin respiraciones imitando el sol

Imagina la existencia
sin cielo ni oficinas ni analistas políticos
ni críticos de arte ni turistas
místicos ni psicoanalistas
ni mujeres con el himen virtuoso
por influencia del espíritu santo
it's easy if you try

Imagina a los grillos a ruiseñores
deletreando el color azul
Imagina los bosques los valles
las inmediaciones del silencio

Imagina el cielo y la tierra
Como en el principio de los tiempos
sin pecado sin virtud ni Dios
sin género sin número
La poesía en estado natural
Lauren Medinueta
(Barranquilla, Colombia, 1977)
MEDIA NOCHE

Las sombras merodean
La muerte me acompaña
Y yo
Tratando de arrancarla como un velo.
Renuncio a los recuerdos
Los pájaros
Permanecerán en el aire
No anidarán en el alma.
¿Cómo encontrar la ausencia?
Voy despoblándome
Y la muerte
Insiste en habitar-me. ◇



D.R. © Erik Bächtold / Galería Errante / México

ALAN MILLS
(Ciudad de Guatemala, 1979)

Xibalbá

t)
No quería que supieran de mí
Me han sugerido que siga siendo
El azote Puro chicote
El mero rufián Vengador de la chumiza
Me voy convirtiendo en esa salsita
Para los tacos que los más pobres
Se comen frente a la mera Oli Garquía
Y se botan la comida al piso
Por puro gusto Puro placer
Seguimos dando soy el chicote
Sigo con estas palmadas y besos
Para sus canchitas ◇

LAURA ZAVALETA
(San Salvador, El Salvador, 1982)

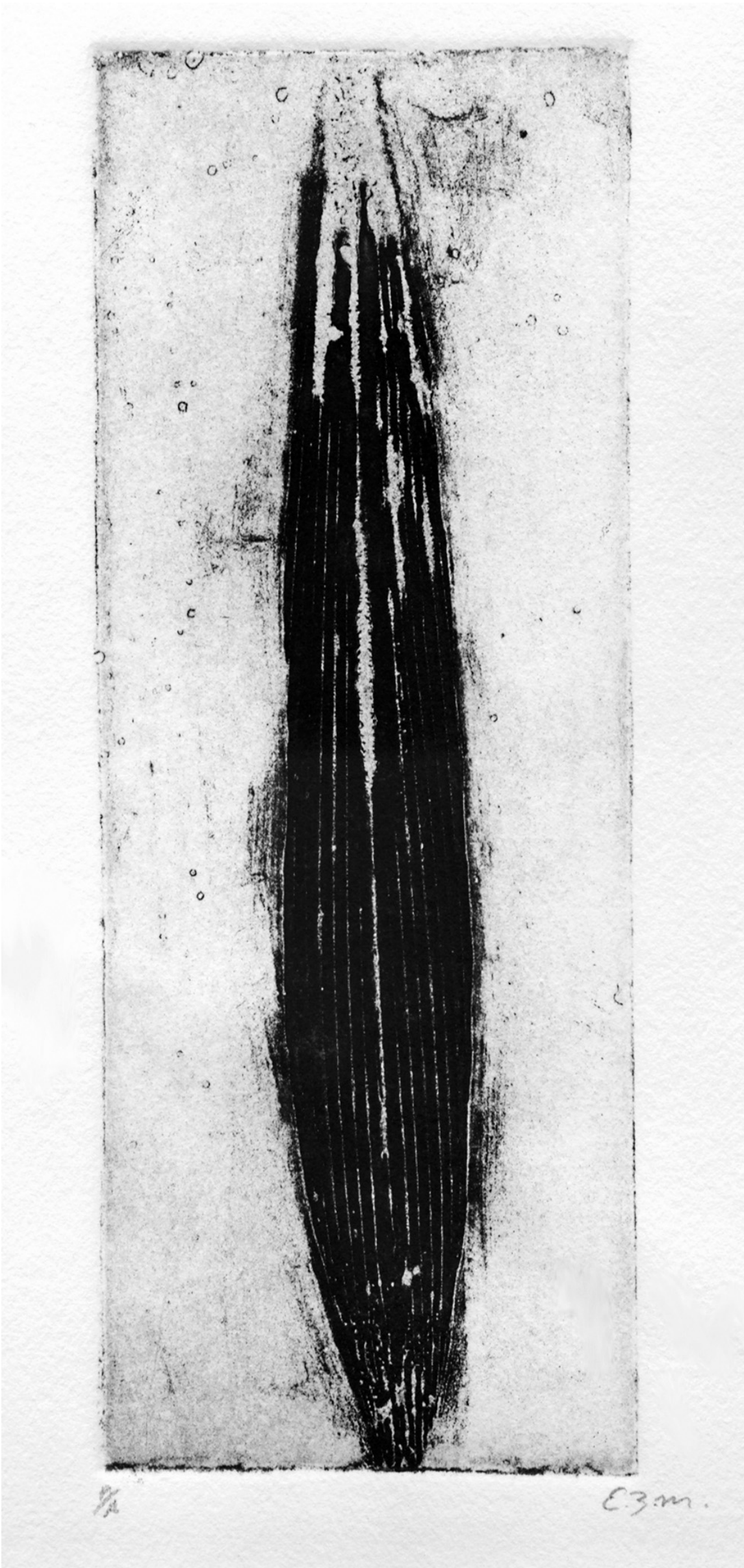
La casa

Bajo un bóveda que era noche y silencio,
Sobre la prisa de los relojes rotos,
Llovía un ritmo ajeno, fuera de la casa
Caía bajo los almendros, un ritmo negro y tenue:
Botas apocalípticas que masticaban el sueño.

Yo he corrido
Mi abuela me ha escondido
entre sus cerrojos tibios.

Hoy
Lejos de sus sábanas,
He llegado al espejo de su casa.
Ese lugar donde el aire es tan alto
Que levanta todos los cuerpos de un suspiro:
Me elevo
Lejos de las botas que martillaron mi infancia.

Virna Teixeira
(Fortaleza, Brasil, 1971)
AUSENCIA
lo que las palabras
escondían
de delicadeza
en medio de la violencia
el amor
la voz que no cabe
en este silencio
y la fotografía
sobre la mesa. ◇



D.R. © Erik Bächtold / Galería Errante / México

ENRIQUE WINTER,
(Santiago de Chile, 1982)

Rascacielos
CAÑÓN

El desierto amenaza esta tarde
y debe hacerlo todas las tardes:
los dientes de la montaña no sonríen
forman tu boca de colegio
y nos enojan los frenillos, acuérdate:
tenías quince y yo trece
enganchando fierros con lenguas en la
meseta sobre el metro Salvador
porque nos encontraron parecidas las
pecas y los rulos, al cañón no le pasa
no hay uno solo que se parezca
a otro. Las ciudades
se van a caer, piensas, se nos caen.
Como marañas de los gatos
las carreteras atan sus tejidos, son mallas
que nos envuelven y se caen
las papas, los melones.
Gastan el suelo de una tierra
convertida en tablero de ajedrez.
No estás en el desierto: soy toda
huincha, toda carretera
toda tuya. La piel de la tierra es naranja
y tiene manchas, picos de afonía
te dijeron que usaras gorro,
un bloqueador y lentes.
Los cambios de temperatura y las arrugas
si diez años después te encuentro. ◇



D.R. © Erik Bächtold / Galería Errante / México

El Deunkoza

EDGAR OMAR AVILÉS

Apurar los pasos; llegar cuanto antes al taller de narrativa. La tarea, bien asida bajo el brazo: un cuento que dejará admirados a todos, aun a sus más férreos detractores. Durante un mes gestó —entre libros, ensoñaciones, mucho café, borradores y desvelo— las mil trescientas cincuenta y tres letras de su obra, soberbiamente original.

Llega agitado de tanto correr a la puerta del salón. Con un pañuelo que saca de la bolsa de su camisa se retira el sudor de la frente. Revisa por última vez el texto y abre la puerta. Todos están sentados alrededor de una mesa circular. Dirige sus pasos, muy lento, hacia el único lugar vacío. No saluda. Se sitúa junto a la silla. Permanece de pie.

—Creo que ahora reconocerán mi superioridad literaria —comunica a sus compañeros; de forma arbitraria comienza con la lectura—: “El Deunkoza” —dice inflamado de orgullo.

Todos, extrañados, piden al unísono nuevamente el título.

—“El Deunkoza” —reitera con un timbre aún más pedante.

Su compañero de la izquierda le arrebató el texto para examinarlo: termina de hacerlo con la mirada torva, perdida. Las hojas son arrancadas de aquellas manos. Se repite el proceso, con las mismas consecuencias, en sentido horario. Hasta que la tarea llega otra vez con su dueño. Un silencio estremecedor se desliza por el recinto. Jamás imaginó que su cuento fuese tan impactante.

—Al parecer desconozco los límites de mi genio —dice vomitando ego. Sin embargo también su mirada se pierde, cuando sus nueve compañeros y el maestro arrojan al centro de la mesa sus respectivos cuentos. En todos ellos se lee por título: “El Deunkoza” y, sin duda, cada uno está compuesto por mil trescientas cincuenta y tres letras. ◇

Otto

CECILIA LÓPEZ RIDAURA

Otto tiene un closet que cuando se abre, muestra un espejo en el que se saluda de cuerpo entero todas las mañanas. Frente a ese espejo, Otto se pone dos zapatos exactamente iguales, los dos negros, los dos izquierdos. Los pies de Otto, tan ignorantes de la derecha, lo hacen avanzar en círculos, siempre encerrado en lo mismo y Otto tuvo que aprender a ser cuidadoso para no andar en malos pasos.

Desde niño, en todas las zapaterías la misma historia: Señorita, ¿sería usted tan amable de mostrarme ese modelo de la derecha?, el izquierdo si me hace usted el favor. Ya que comprobaban que le quedaban bien empezaba su mamá con que Ay señorita, no podría usted nada más venderme los izquierdos?, ándele, no sea así, mire que es mucho gastar y luego para nada, no sea mala. Jamás lograron convencer a nadie y salían de la zapatería con dos pares de zapatos del mismo modelo. Los zapatos derechos se acumulaban nuevos en el closet.

Otto es obsesivamente ordenado: los sábados abre el closet, saca todos los zapatos y los acomoda en una fila. Extiende luego los periódicos del viernes en el piso, va por su cajón de bolero y del cajón saca latitas de grasa de colores, cepillos chicos y grandes, trapos y un delantal viejo. Otto silba el Bolero de Ravel, mientras bolea uno a uno todos sus zapatos izquierdos. Al terminar, los acomoda en su caja con el derecho que les corresponde.

Pero un sábado, al guardar el primer zapato, Otto ve que el zapato derecho está gastado.

Cómo va a ser. Abre otra caja y lo mismo, el zapato derecho tiene un raspón. Otro más tiene incluso una gota reseca de salsa roja. El silbido se le revuelve en la garganta. Desesperado, Otto revisa todas las cajas: no hay duda, alguien está usando sus zapatos.

¡Una mujer!, se dice. Así es Otto. Una mujer con dos pies derechos, sería maravilloso; se llamaría Ana y juntos, tomados de las manos, irían a todas las zapaterías y compartirían gastos y gustos en lo que a calzado se refiere. Pero los zapatos son de hombre, están en su closet, dentro de su cuarto, reclusos en su casa, inaccesibles. Entonces no, Ana no.

Meditando la situación Otto circuncamina a la derecha en su cuarto, el mentón recargado en su mano, dándole vueltas a la izquierda al asunto. Piensa en ladrones que usufructúan en lugar de robar, en fantasmas cojos y en los efectos alucinógenos de la lámpara de su cuarto. Nada. Sus reflexiones no son más que círculos viciosos que vuelven al mismo punto: los zapatos derechos están usados. Cuando lo encuentre, murmura cerrando los puños, no quisiera estar en sus zapatos. En su paranoia, se pone cada vez más nervioso y hasta le parece escuchar pisadas siniestras. Son las suyas, desde luego.

Pensar lo marea, pero no se puede estar quieto. Para apaciguarse toma el yo-yo al que le delega la tarea de girar, que para eso está. Es peor, al rato ya anda con que Yo-yo, yo-yo mío, dime tú quién usa mis zapatos, órale yoyito, no te andes con rodeos y ya dime ¿sí?. ¿Yo-yo? ¿yo...?

Como un ciclón, corre al espejo; su imagen lo mira directamente a los ojos. Es Otto quién habla primero: ¿quién te crees que eres para usar sin permiso mis zapatos?.

—Soy ottO. ◇



D.R. © Erik Bächtold / Galería Errante / México



D.R. © Erik Bächtold / Galería Errante / México



El deslinde

La herida perdurable
CHRISTIAN BARRAGÁN

Principio de incertidumbre es hasta ahora el alcance más depurado en la escritura poética de Jorge Fernández Granados (Ciudad de México, 1965). Con la aparición en el año 2000 de *El cristal*, bajo el sello editorial ERA, y *Los hábitos de la ceniza*, que le mereciera con justicia la concesión del Premio Nacional de Poesía Aguascalientes en su emisión correspondiente a ese mismo año, Fernández Granados presentó ante las letras hispanoamericanas –acaso sin saberlo mas con seriedad y discreción– las cartas credenciales más acabadas de la poesía mexicana inaugural de este siglo. Con ellas, también cerró el primer círculo de su propia creación poética; a saber, aquel que comprende las limitaciones del aprendizaje y los vigorosos afanes de la búsqueda consciente de una respiración y una visión inédita marcada fuertemente por el arrojo en el tratamiento del lenguaje, donde en numerosas ocasiones logró momentos muy preciados. Esta primera parte, sin embargo, no debe ser vista como juvenil o novel, puesto que dichas consideraciones de ningún modo corresponden al conocimiento formal que el poeta demostró desde sus inicios con la publicación de *La música de las esferas* (1990) y *El arcángel ebrio* (1992), y después confirmado con la presencia de *Resurrección* (1995). Aparte de los frutos conocidos de cada poemario, esta primera figura que abarca más de una década de escritura y la edición de cinco libros debe ser atendida como la sucesión necesaria para lograr esta reciente entrega; *Principio de incertidumbre* es, en consecuencia, la historia de una larga vida, poética e íntima, una música que sólo ahora reconocemos, pero que ya se venía insinuando en sus iniciales versos, cuando la incertidumbre habitaba su palabra, ante el silencio primero y luego ante la oscuridad, obligándolo a abrir su verdad al mundo –como declara el poema que abre este libro. Y aún desde mucho antes, cuando era “aquel primer mudo animal del mundo / todavía sin orillas”.

Desde las páginas de *El arcángel ebrio*, Jorge Fernández Granados ha expuesto con

claridad sus preocupaciones primordiales como hombre y poeta ante el mundo y la escritura; de donde se sobrepone destacadamente la soledad, condición manifiesta a través del recuento del tiempo perdido y la urdimbre simultánea de la memoria recordada. Hay una vida que se ha vivido, y un recuerdo olvidado que se ha recuperado gracias al poema. De ello dan constancia, aun cuando todavía titubeantes, “Causas”, texto de su segundo libro: “Porque olvido lo que olvido, y lo que he sido / se me enrosca en la garganta...”; y el apartado IV de “El relámpago y el mar”, perteneciente a *Resurrección*: “Mi prisión no es de carne sino de tiempo” o “Tiempo y sólo tiempo es la enfermedad infinita que tengo”. En la obra posterior también se hallan las huellas de este mismo esfuerzo por responder a las exigencias de una memoria despoblada y una voz deseante por abandonar el mutismo. Así lo demuestran las líneas finales de la cuarta prosa del cuadernillo “Relación de maravillas susurradas en la oreja de un maniquí”, recogida en *El cristal*: “Para nacer basta cerrar los ojos, llamar a la puerta más delgada del silencio donde sólo basta recordar un nombre que hemos olvidado”; y de manera impecable “Exilio”, poema último de *Los hábitos de la ceniza*, que termina diciendo: “Algún día, cuando la maldición del tiempo se termine, / tocará nuestra frente el agua de un umbral perdido. / Ese día estaremos de regreso.”

Sin ninguna duda, ese día ha llegado con *Principio de incertidumbre*. Aquí las fracturas y deudas de ayer han sido redimidas con creces. El camino atajado por el autor no lo ha llevado a otro lugar, uno lejano, que no sea aquel que lo tenga de vuelta a la casa de “ladrillos asoleados” y “bulliciosa luz sobre las frondas”, de las polvaredas que levantaba el verano bajo la sombra de la vieja higuera, o de la fe en un fatigado sol de manzanilla; en fin, de las preguntas que se quedaron en aquella “noche de oficios en el frío” y de aquella olvidada “luz entre las paredes de ese patio” alumbrando el silencio y la memoria. Son pocos los poetas en nuestra lengua que poseen una obra tan honesta y profundamente comprometida con la vida como la escrita por Jorge Fernández Granados hasta este día, por eso, acaso como nunca antes, “hay que amarlos hasta que se vayan / mirarlos hasta que desaparezcan / oírlos hasta que el silencio / detenga al fin su corazón / herido todavía de palabras.” ♦



D.R. © Erik Bächtold / Galería Errante / México

Héctor Murena: en la cárcel de uno mismo

RAFAEL TORIZ

El arte de curar se ha convertido en el arte de enfermar...
El arte de construir se ha convertido en el arte de destruir
H. M.

La escritura, impronta de lo humano, es a un tiempo salvación y abandono, oscura flama y cálida tiniebla. Escribir y pensar, literatura o filosofía, son exploraciones no sólo de la luminosidad de la carne sino también de lo sótanos oscuros de la razón. Hacer de la vida una experiencia para el pensamiento, la crítica y la contemplación es condenarse, entre otras cosas, a una soledad siniestra, a dolores perpetuos y desesperanzas absolutas. Escribir desde la lucidez –despeñarse en la angustia de las palabras– es una muerte segura y sin embargo, para unos cuantos, es la única salida, el último refugio. Escribir es darse cuenta de que la tierra es un abismo y la conciencia su cáncer fulminante, fuego momentáneo que, pese a todo, ilumina la caída.

La obra del argentino Héctor Murena (1923-1975) es un ejemplo de la reflexión que examina el lado oscuro de la fuerza y obliga, por su sagacidad, a comprometer la vida con la experiencia del pensar: en Murena, como en tantos otros (Mainländer, Unamuno, Pessoa, Blanchot, Agamben, etcétera), la inteligencia y la sensibilidad se abisman en insondables y recíprocos laberintos.

Nacido y muerto en Buenos Aires, Murena (cuyo verdadero nombre era Héctor Alberto Álvarez) cursa estudios en Ingeniería en la Universidad Nacional de La Plata para después matricularse en la facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires. Por razones que no nos incumben, pero probablemente avalaríamos, abandonará ambas carreras.

Hombre de desbordadas inquietudes, explorará con variada fortuna distintos géneros literarios: cuento (*Primer testamento*, *El centro del infierno*, *El coronel de caballería y otros cuentos*); teatro (*El juez*); novela (ciclo “Historia de un día”: *La fatalidad de los cuerpos*, *Las leyes de la noche*, *Los herederos de la promesa*; ciclo “El sueño de la razón”: *Epitalámica*, *Polispuercón*, *Caína Muerte*, *Foliosofía*); ensayo (*El pecado original de América*, *Homo atomicus*, *Ensayos sobre subversión*, *El nombre secreto*, *La metáfora y lo sagrado*); poesía (*La vida nueva*, *El círculo de los paraísos*, *El escándalo y el fuego*, *Relámpago de la duración*, *El demonio de la armonía*, *El águila que desaparece*) y un muy curioso diario titulado *Los penúltimos días*.

Paralela a su labor como escritor Murena desarrollará sus capacidades críticas e interpretativas como un traductor de

excelencia. A él debemos una memorable traslación de la *Dialéctica del iluminismo* de Horkheimer y Adorno y, sobre todo, sus versiones de algunos de los *Schriften* más representativos de Walter Benjamin (publicados en Buenos Aires por *Sur* bajo el título de *Ensayos escogidos*): “Sobre algunos temas en Baudelaire”, “La tarea del traductor”, “Para una crítica de la violencia”, “Franz Kafka”, “Sobre la facultad mimética”, “Tesis sobre la filosofía de la historia”, entre otros. Así como no está de más recordar que Murena es el primer traductor de Benjamin al español, tampoco estará de más sugerir que en el misticismo profético del argentino, sobre todo en sus últimos escritos y particularmente en *La metáfora y lo sagrado*, existe una influencia directa del Benjamín místico e incluso esotérico forjador de una dialéctica suprasensible en su análisis sobre *El origen de la tragedia alemana* (*Ursprung des deutschen Trauerspiels*) o en su construcción lúcida y fantástica del Angelus Novus.

Colaborador de la mítica revista *Sur* y del suplemento cultural de *La Nación*, Murena fungirá como asesor literario de la prestigiosa editorial venezolana Monte Ávila –que tantas y tan primordiales joyas de la literatura y el pensamiento contemporáneo ha vertido al castellano– y fundará una efímera y más bien anémica revista literaria que respondió al nombre de *Las mil y una*.

Su narrativa, particularmente el ciclo novelístico de “El sueño de la razón”, consiste en un experimentación lingüística que, más que contar historias anodinas y construir anécdotas sobre personajes que a nadie importan, se regodea en los intersticios, las imantaciones, el plurivocismo y las (im)posibilidades del lenguaje. Si para Murena su proyecto ensayístico consistía en esbozar una “autobiografía mental que diera cuenta del tiempo que le había sido dado vivir”, para mí “El sueño de la razón” es sobre todo la construcción de *estancias para el lenguaje*, espacios donde analizar, contraponer, destripar y sublimar a las palabras. Cierta crítica pacata ha querido ver en su narrativa una herencia joyciana e incluso su continuidad. En mi opinión, que poco ve de esclarecedor y aun de propositivo en hermanarlo con el bardo irlandés, la literatura de Murena es una suerte de “entrecruce americano” (*whatever that means*) entre Witold Gombrowicz (por la narrativa) y Maurice Blanchot (por los ensayos).

Desde luego Murena, parricida simbólico y eterno disconforme con la idea de Europa como heredad, no podría estar de acuerdo con tal aseveración.

Uno de los rasgos más interesantes de su trabajo es el interés por la cuestión americana, ese escollo insalvable para todo ensayista riguroso y sensato (cfr. *El pecado original de América*). Murena, asumido discípulo de Martínez Estrada, ve en la obra de su maestro “el surgimiento de la

conciencia de América”, frase que si bien peca de grandilocuente es bastante acertada para desvestir las falsas apariencias de grandeza y bienestar que se ciernen sobre la consciencia latinoamericana, en este caso, particular y precisamente, a las que atañen a la construcción de la identidad argentina, flujo de acontecimientos inconexos que se resuelven en un presente imperativo heredero de un pasado inmediato que no encuentra soporte ni raigambre en el concepto de “tradición”; de allí el hecho de que Murena pueda avalar frases tan exclusivamente porteñas como la referente a que la cuestión del mestizaje, en América, es más un hecho mental que racial, idea que acaso pueda tener una justificación en el contexto argentino pero que, en el caso de México y Perú por decir algo (por decir “alguien”), resulta francamente insostenible.

Sin lugar a dudas la obra de Héctor Murena es un hallazgo y una posibilidad no sólo para discutir las preguntas inherentes a la construcción de las identidades nacionales sino para explorar las primeras lecturas latinoamericanas de la “Escuela de Frankfurt”, el concepto de industrias culturales a.C. (antes de Canclini), el cuestionamiento de la sociología como método de conocimiento, el nihilismo considerado como una de las bellas artes, la soledad de una inteligencia aplastada por un medio que la condena a la interlocución consigo misma y la fascinante posibilidad de comprender y asumir la creación desde la destrucción.

Obras como la suya nos recuerdan que la provincia es un estado mental y que, desde hace ya bastante tiempo, en el plano intelectual los latinoamericanos –por parafrasear a Octavio Paz– somos contemporáneos de todos los hombres.

Que sea Murena, muerto a los 52 años debido a complicaciones cardíacas ocasionadas por su pantagruélico consumo de alcohol, quien cierre estas palabras:

–“La poesía es el solitario vuelo de la fe que une dos montañas por sobre el abismo. Nada distinto es la vida”.

–“Abrir un libro representa abrir la puerta a la soberbia”.

–“La melancolía es el lamento de Dios que, aprisionado en el hombre, no logra reunirse consigo mismo”.

–“Nos afanamos pensando para alcanzar una vida que será cabal por haberse liberado de la –obsesión del pensar”.

–“Inútil todo, inútil el esfuerzo de la mano y los ojos, la resistencia contra el mal, el amor volcado en los años sobre seres y cosas, y también los miedos, las miserias que engañosamente nos hacen sentir, más reales, inútil”.

–“La vida es un abismo que se atraviesa aleteando mediante la fe por los aires del misterio”. ♦

A Lovesong Castañeda



D.R. © Erik Bächtold / Galería Errante / México

De tiranos*, de Ingrid Solana

PURA LÓPEZ COLOMÉ

Quiero tomar este libro en serio, tan en serio como, supongo, la autora se toma a sí misma al escribir, cosa que no implica esquemas preconcebidos en cuanto a la vida del creador y sus obsesiones. Al hablar de esta manera, me reconozco ya a ciertas alturas del recorrido, no sin algo de melancolía. Como quien se adentra en un bosque espeso dejando caer migajas por el camino. Volteo, y veo a Ingrid. Lo cual sólo quiere decir que pertenecemos a ese mismo extraño grupo de personas que se sienten atraídas por los significados ocultos en absolutamente todo. ¿Llevamos linterna o lupa en mano? ¿Pluma, acaso? ¿O es la palabra quien nos conduce, a veces en forma de luminaria, de lente, de punto fino que gotea savia, haciéndonos creer que es al revés, haciéndonos las ilusiones? Los ecos que proceden de esa selva –porque vamos recitando– ¿son nuestros, fueron articulados por nuestra voz, o son *voces* que llegan volando hasta nuestra boca, entran sin permiso, y dan cuerpo a las sílabas que articulan una *necesidad* de “abrir la boca/abrir la boca/abrir la boca/puta/boca”?

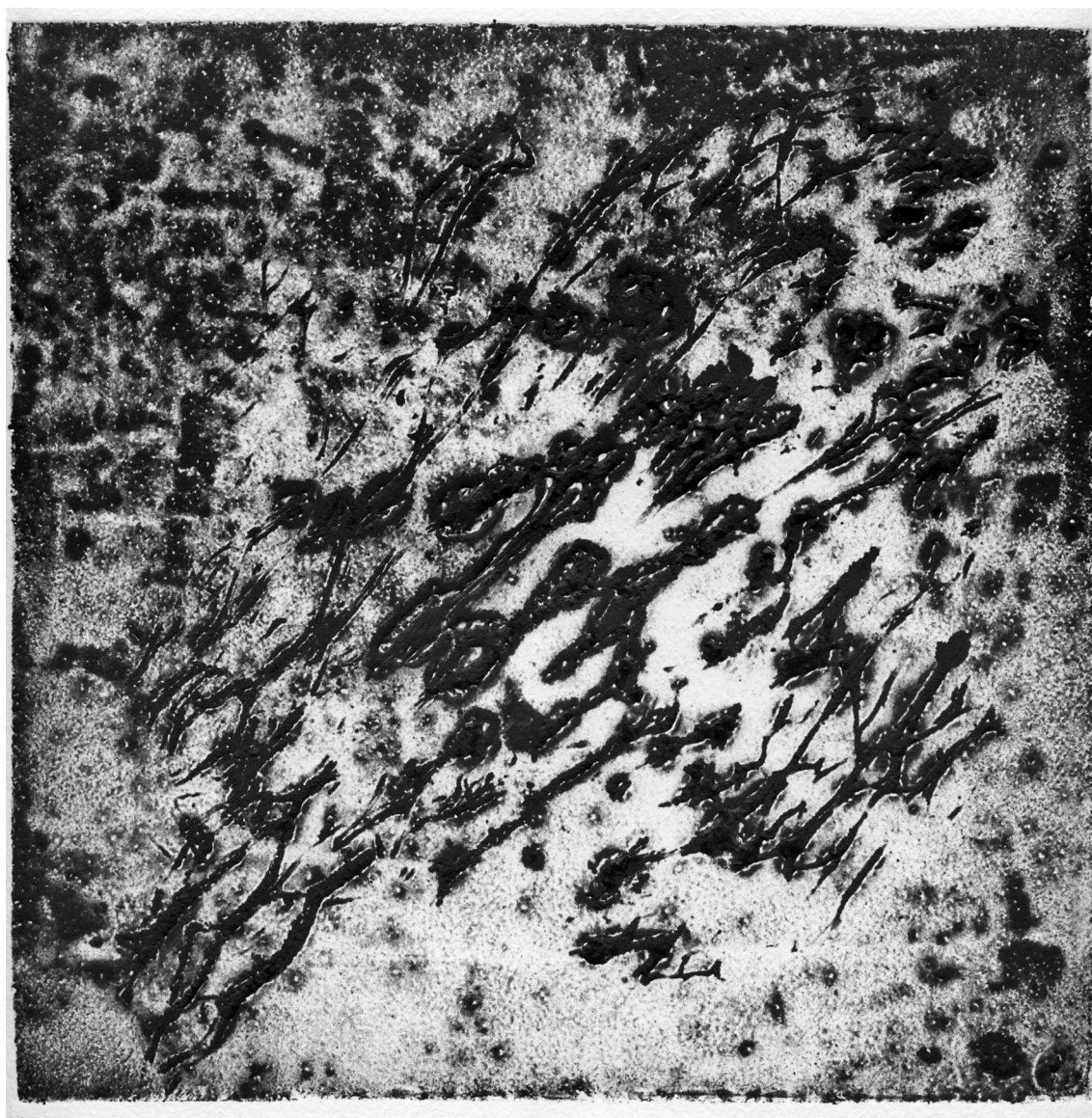
Tomarlo en serio me da a entender que nos alimentamos de lo mismo:

un pan que nos obliga –sí, en calidad de fuerza externa, ajena, casi inexplicable– a afirmar que algo dicho es *literalmente* cierto y, como tal, está *otramente* vivo, viaja por su cuenta a través del tiempo y el espacio, brillando en su mismidad lingüística pura. Sentirse miembro de una especie de clan –en este caso, el de los poetas– no sugiere ninguna inmodestia, sino un modo de ser. Cada vez que leo y releo a Shakespeare, a Milton, me siento con derecho a verme retratada –como los árboles de Garcilaso– en sus corrientes aguas cristalinas. Ingrid Solana –creo, después de leer su primer libro– se cuenta entre estos personajes, de quienes me siento familiar. Lo cual no necesariamente es bendición, don o privilegio.

Seferis, uno de estos excéntricos, en “Mythistorema”, recuerda despertar con una cabeza entre manos. Lo que menos le importa es el mármol que la conforma: le impresionan los ojos, que no están ni abiertos ni cerrados, la boca que trata de hablar y no puede decir nada. Ingrid es quien sueña, quien trae consigo, al despertar, evidencias de esos territorios y, por su vía, quiere ver, quiere decir. A punto de abandonarse de lleno a esta experiencia, la conciencia de la vigilia la sacude, la estremece, la despierta de golpe: el tirano mayúsculo es el cuerpo, “un alambre que tortura, [...]atravesado de nervios que [...] me llevan hasta ti [...] tienes el canto del pájaro evasor y yo penetro tu boca [...] para ser tú y ya no dejarme”. El título del libro habla en plural, porque esta

carnalidad se multiplica ante el espejo, hasta cambia de género. Sin embargo, quien gobierna e impone su voluntad, a veces con crueldad, es masculino cuerpo, femenina carnalidad.

Curiosamente, *dice no escribir*. Pero no es otra cosa lo que hace al decir que no lo hace; al dejarse llevar por fuerzas enigmáticas que la conducen a distinguir los bordes de sus manos en la oscuridad, según Yeats; la conformación de su actividad poética a principios del desdoblamiento. El *cómo* (la materia expresiva, no la materia expresada) es lo que la diferenciará de Seferis, de mí, de cualquier otro congénere, pues, como se sabe, todos, todos hablamos de la rosa. Así pues, *su* exploración muestra, a mi modo de ver, algo propio de procedimientos femeninos –claro en Elizabeth Bishop, por ejemplo–: va de la observación de su persona, de su interior, al mundo, para explicárselo y explicarse, a diferencia de trayectorias inversas, en general masculinas, que van del mundo a sus personas. Al borde de la desesperación, incapaz de describir el sinsentido, la desolación, la destrucción, los *nombra*, y tal parece que es la integridad de su vehículo lo que hace surgir, por arte, lo inasible, algo que lleve el apelativo de esperanza: “nos tocamos en silencio detrás de las ventanas oscuras, bajo las mamparas sombrías de lo terrible; nos desgarramos ya sin sangre haciendo el amor en las esquinas. aguardamos el porvenir de la memoria. no serás [...] pájaro sin canto. serás una palabra más bien blanca, [...] un muro que nunca se



D.R. © Erik Bächtold / Galería Errante / México

derriba” Espléndido el aliento natural transformado en ritmo propio, que no necesita distribuirse en la página como un poema tradicional, porque las frases mismas presentan musicales intervalos. No obstante, aparece el demonio chocarrero de López Velarde, ese que lo devolvía al lodo cada vez que creía haber descubierto lo que lo identificaba con los dioses. ¿Por dónde se asoma? Suele hacerlo por diversos rincones: la desafinación, alguna palabra conceptual que pulveriza la metáfora, en fin. En este caso, el rostro se atisba en un verso, a la mitad del poema, que sin deberla ni temerla, sin relación alguna –al parecer– con lo demás, grita: “no serás andén o miedo”. Mucha tela de dónde cortar hay aquí. Terror quizás, no sólo miedo, de aproximarse al pozo sin fondo oracular de la poesía, sin darse cuenta cabal: estoy segura de que Ingrid no ignora su poder convocatorio, su hacer realidad lo articulado; y, si me equivoco y estas meditaciones le son ajenas, tendría que prestar oídos a Milosz: “sólo lo articulado existe; lo que no se articula, tiende a la inexistencia”. Minas ocultas bajo el pie de quien se atreva a nombrar lo innombrable, jurar su nombre en vano, pasarse de listo, de juguetón, porque lo pagará con sangre, o sea, con silencio.

Difícil la realidad, tanto interior como exterior, para los jóvenes, y más aún, para los jóvenes poetas, pensaba yo hace no mucho. No obstante, después de reunir, según mi criterio, lo mejor de la poesía publicada en

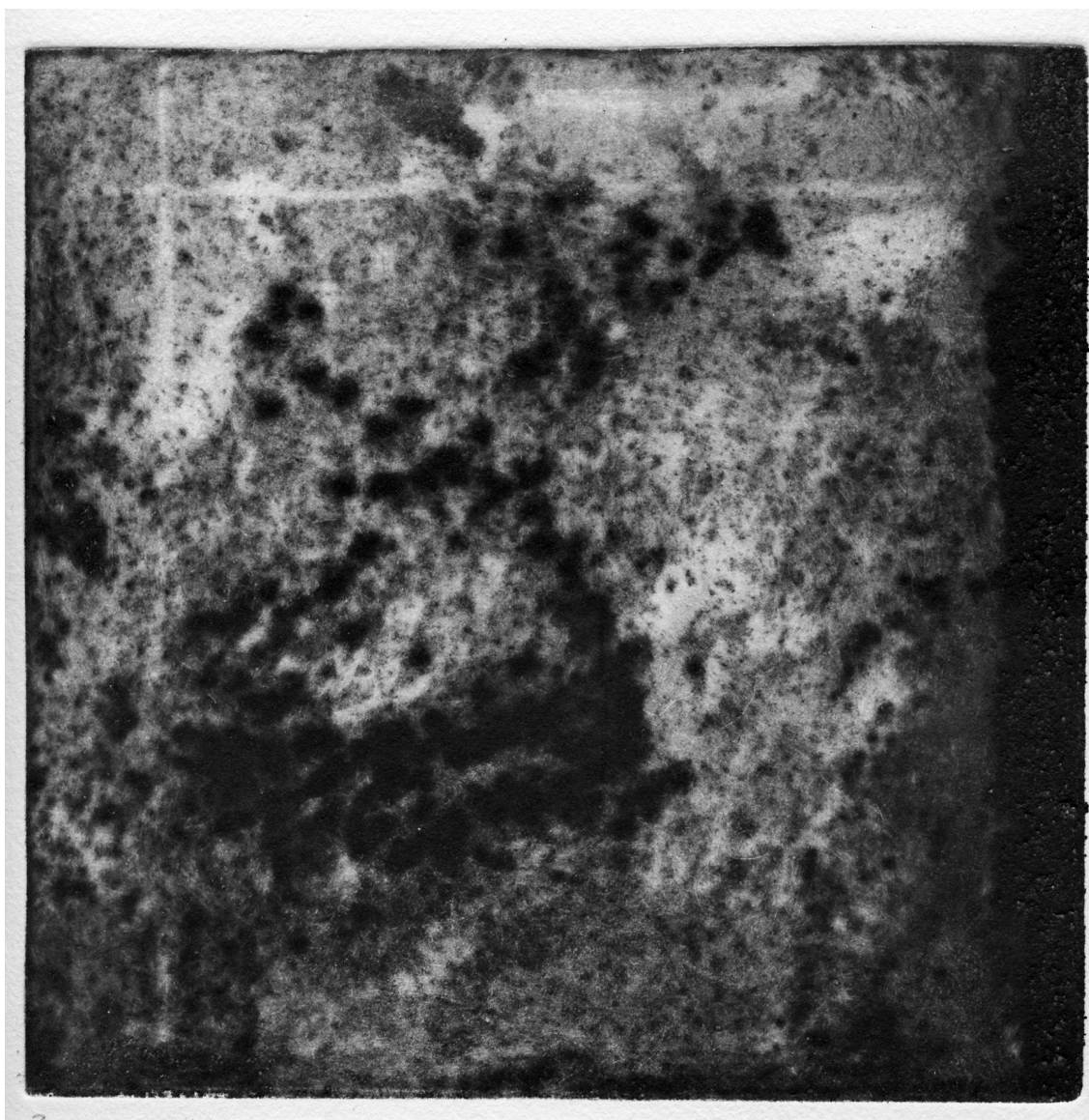
2006, me sorprendió y enorgullecó la fuerza emocional e intelectual de muchos veinteañeros; y, en especial, su alegría de vivir por escrito y en la escritura. No hallé, qué lástima, pasiones desmedidas por el lenguaje y por la lengua, aunque sí búsquedas de nuevos caminos. En *De tiranos* advierto y celebro ambas cosas, si bien teñidas de una tremenda melancolía que, a ratos, incluso parece coquetear con el vacío que suele derivar en el suicidio. No me extraña, dado el panorama que tiene delante. Con todo, a ese mundo fragmentado le hace frente con amor por la letra, lecturas que ilustran su escritura y lo seguirán haciendo hasta que su escritura ilustre la lectura. Su poesía quiere echar mano de un estilo no fragmentado como la realidad, sino hecho de fragmentos, breves atisbos casi haikuescos muy bien logrados en el marco de una enorme sencillez, que fluye y penetra y convence: “espero/ que las horas/ se detengan/ en el canto/ que el fragmento/ sea una sustancia/ que se detenga ante la puerta/ que florezcan las espinas dolorosas/ que una golondrina/ ilumine [...]”. Esta pluma tiende a la metáfora de manera natural.

Coda: un recuerdo

En esta misma Facultad, en los años '70, tuve el privilegio de tomar clases con destacadísimos literatos y escritores que dejaron una huella profunda en mi persona. Héctor Valdés, uno de ellos, impartía uno de los cursos de Literatura Mexicana más concurridos de la época,

hablo de un salón de entre 70 y 100 alumnos. Se daba el lujo (y nos lo daba), una vez al mes, haciendo gala de una absoluta libertad de cátedra, de leer poemas de sus alumnos que le parecían buenos a secas. Mucha gente entregaba textos de lo que entonces se conocía, para disimular la falta de definición, como “varia invención”. Héctor leía, a lo sumo, tres o cuatro, comentándolos extensamente sin mencionar al autor. En una de esas memorables sesiones dio lectura a un poema del que sólo él y yo sabíamos que era autora –porque no me llevaba con nadie y nadie conocía mis pretensiones de poeta, y comenzaba así: “Gladiolas quietas en el olor del huerto,/ todas las aves, todas/ a que tu boca pueda dar cabida”. El comentario que siguió a la lectura fue, palabras más, palabras menos: “algo con alas, que tiene que seguir cantando pese a la incertidumbre de su vuelo”. Desde la edad que tenía Héctor entonces, me siento autorizada a decirle a Ingrid, cuando la escucho decir, y me conmueve: “un pájaro muerto ilumina mis ojos/ un pájaro triturado/ diminuto y perlado/ un objeto cualquiera/ de esas cosas muertas/ que son de las más bellas”, que la poesía es el único medio que admite la pluralidad de la belleza en convivencia con la miseria, el horror y el espanto, y por ello nos salva. Pero exige fidelidad, cueste lo que cueste, pues encarna a lo otro en serio. ♦

* Ingrid Solana, *De tiranos*. Col. Limón Partido, Proyecto Literal. México, 2007.



D.R. © Erik Bächtold / Galería Errante / México

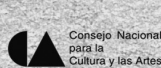
Mar de Vértigos

ENCUENTRO NACIONAL
DE LITERATURA JOVEN
EN EL CENTRO HISTÓRICO

Homenaje a Efraín Huerta
a 26 años de su muerte

Del 12 al 19 de octubre 2008

mardevertigos.blogspot.com



gaceta de literatura y Gráfica. Número 30. Es una publicación independiente producida por Caja Tipográfica. **Director:** Hernán García Crespo. **Dirección Editorial:** Jocelyn Pantoja.

Edición: Andrés Marquez. **Consejo Editorial:** Berenice Granados, Armando Nagore, Marina Ruiz, Lorena Saucedo e Ingrid Solana. **Consejo de Colaboraciones en Latinoamérica:**

Nicolás Alberte (**Uruguay**), Laura Lobov (**Argentina**) Alan Mills (**Centromérica**), Lauren Mendinueta (**Colombia**), Gema Santamaría (**Nicaragua**). **Sección de Crítica y Ensayo:**

Christian Barragán. **Colaboración Especial:** Elma Murrugarra. Este número y los subsecuentes se ilustrarán con los autores de Galería Errante, Textofilia SC, www.textofilia.com.

Colaboraciones: gacetaliteral@yahoo.com, www.vientos.info/literal. Las opiniones expresadas en los textos no reflejan la opinión del Consejo Editorial y son responsabilidad de

sus autores. Impreso en México 2008.

CAJA
TIPOGRÁFICA